

Memorias y monumentos. Diálogo con el escritor Pablo Montoya Campuzano durante el estallido social colombiano de 2021

Landmarks and memoirs. A conversation with Pablo Montoya Campuzano during the Colombian social strike of 2021

Sonia Milena Pineda-Rodríguez¹ 

¹ Universidad Industrial de Santander. Correo: sonia2218085@correo.uis.edu.co

Recibido: 4 de abril del 2023 - **Aceptado:** 15 de mayo del 2023
ISSN 2027-552



Resumen

este artículo recoge algunas reflexiones suscitadas en un diálogo con el escritor Pablo Montoya Campuzano, a propósito del derribamiento de estatuas durante el estallido social de 2021 y de dos de sus obras: *Adiós a los próceres* y *La sombra de Orión*. En estas, el autor propone una mirada sobre los monumentos y la memoria, que resulta valiosa en el actual momento, cuando se demanda desde la ciudadanía la revisión de los símbolos, del patrimonio cultural y, en general, de los vehículos de la memoria que se han establecido desde la oficialidad. En el artículo se acude a otras voces que han alimentado esta discusión en los últimos años, lo cual origina una reflexión acerca de la diferenciación de las memorias, en donde se reconoce que lo masculino y femenino ha jugado un rol determinante en la forma cómo se tramitan las memorias colectivas.

Palabras clave: memoria colectiva; monumentos; patrimonio cultural; historia y literatura; Pablo Montoya Campuzano; feminización de la memoria.

Abstract

This article collects some reflections raised in a dialogue with the writer Pablo Montoya Campuzano regarding the breaking down of statues during 2021 national strike and two of his works: *Adiós a los próceres* and *La sombra de Orión*. In these reflections, the author proposes a look through the monuments and the memory that is valuable at the present time, when it is needed the revision of the symbols, the cultural heritage and, in general, the vehicles of memory that have been established since the officiality. The article turns to other voices that have fueled this discussion in recent years; thus, it results in a reflection on the different memories where it is recognized that genders (male and female) have played a decisive role in the way collective memories are processed.

Keywords: collective memory; monuments; cultural heritage; history and literature; Pablo Montoya Campuzano; feminization of memory

Cómo citar: Pineda-Rodríguez, S. (2023). Memorias y monumentos. Diálogo con el escritor Pablo Montoya Campuzano durante el estallido social colombiano de 2021. *Cambios y Permanencias*, 14 (1), 149-161. Doi: <https://doi.org/10.18273/cyp.v14n1-202310>

Introducción

El 28 de abril de 2021 inició en Colombia el que ahora se conoce como *estallido social*, una serie de actos de protesta que constituyeron la movilización más larga y participativa que se recuerde en los últimos cuarenta años. Miles de personas salieron a las calles a expresar el descontento contra un gobierno nacional que en medio del segundo año de pandemia del COVID-19 se atrevió a proponer una reforma tributaria que golpeaba a los sectores más vulnerables de la población. La contundencia de la movilización hizo que el gobierno retirara la reforma. Sin embargo, dada la fuerte represión de la fuerza pública contra los manifestantes, que incluso ameritó pronunciamientos internacionales y la atención de la Corte Internacional de Derechos Humanos, y dadas otras banderas que se sumaron a los reclamos de una sociedad inequitativa y golpeada por los efectos de la corrupción y de la pandemia, las protestas se prolongaron por casi tres meses. La movilización social tuvo muchos matices, según los grupos sociales y colectivos reunidos, pero una de sus expresiones más llamativas fue el derribamiento de varias estatuas ubicadas en sitios públicos a lo largo de todo el país.

El 16 de septiembre de 2020, el Movimiento de Autoridades Indígenas del Suroccidente (AISO) ya había derribado –en medio de una ceremonia de juzgamiento– la estatua del conquistador Sebastián de Belalcázar que reposaba en el morro de Tulcán en Popayán (Cauca). El Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), en respaldo a los responsables del derribamiento, exigió, a través de un comunicado público, el respeto a la memoria de sus ancestros (la cacica Gaitana, cacica Angeñina Guyumus, cacique Juan Tama, cacique Manuel Quintín Lame, caciques Talaga, Simurga) y denunciaron que el símbolo de Belalcázar representaba “la continuación permanente y repetitiva de una guerra que comenzó desde el siglo XVI y que aún se niegan a terminar los que dominan este país, pues les garantiza con creces ese dominio y las arremetidas permanentes durante siglos contra nuestros pueblos”(CRIC, C. R., 2020). Siete meses después, el 28 de abril de 2021, con el inicio de las movilizaciones sociales, AISO tumbó en circunstancias similares otra estatua de Sebastián de Belalcázar en un reconocido sitio turístico de Cali (Valle del Cauca). Y punto seguido, en el estallido social de ese año cayeron al menos diez estatuas en varias ciudades, pero ahora no sólo en manos de los ciudadanos indígenas de AISO sino también de ciudadanos de múltiples procedencias que encontraron en estos símbolos una forma de alzar su voz¹. Hay que agregar que a todas las estatuas caídas se suman otras tantas que fueron intervenidas desde el arte o el grafiti; otras que fueron parcialmente destruidas; y unas más que “por precaución” fueron desmontadas por las entidades oficiales temiendo su derribamiento, como sucedió, por ejemplo, con el Simón Bolívar del Monumento a los Héroes en Bogotá.

La inquietud suscitada por este fenómeno –que no es nuevo en la historia mundial, pero sí de precedentes desconocidos para la historia de Colombia– y la contundencia de la movilización social durante dicho paro, motivó la apertura de espacios de diálogo para la reflexión académica. Estudiantes y profesores de la Universidad Industrial de Santander propusimos unas jornadas pedagógicas virtuales con el fin de aportar a la comprensión y al debate². La reflexión sobre el derribamiento de las estatuas y con ellas la intervención en la memoria nacional contó con la participación del escritor colombiano Pablo Montoya Campuzano. Para la discusión se escogieron dos de sus obras: *Adiós a los Próceres* (Montoya Campuzano, 2016), que hacía una invitación a desembarazarse de los héroes de la patria, y *La sombra de Orión* (Montoya Campuzano, 2021), novela que toca la médula de la memoria reciente del país recreada en la Comuna Trece de Medellín³. El objetivo de este artículo es dar cuenta de las principales ideas suscitadas en el diálogo con Montoya, en donde se procuró analizar los lugares de las memorias y de los monumentos en la literatura y en la realidad colombiana. Así mismo, se articulan estas ideas con mi propia reflexión posterior, en donde traigo, además, otros autores que tienen mucho que aportar al debate.

¹ Algunas de las estatuas tumbadas han sido: Julio Arboleda y Francisco de Paula Santander (Popayán); Misael Pastrana y Diego de Ospina y Medinilla (Neiva); Gilberto Alzate Avendaño (Manizales); Antonio Nariño (Pasto); Simón Bolívar (Taminango); Piedra de Bolívar (Cumbal); Gonzalo Jiménez de Quesada (Bogotá); Cristóbal Colón (Barranquilla).

² El ciclo completo de las jornadas pedagógicas de la comunidad de historiadores de la UIS que se llevó a cabo en mayo y junio de 2021 se puede consultar en el siguiente canal de YouTube: Posgrados en Historia UIS, https://www.youtube.com/channel/UCr4Jch2TlsgHCZna2_UU14w/featured

³ El diálogo con Pablo Montoya se puede consultar también en este enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=SveOL7Yp4wI>

Literatura e historia

Pablo Montoya bebe de la historia para fabricar sus obras literarias. No es un historiador, pero tiene la curiosidad para llegar hasta fuentes de información inéditas y la rigurosidad para analizarlas críticamente contrastando versiones de un mismo asunto. Luego, con la creatividad como factor central, se atreve a ir hasta la médula de los personajes, y los moldea para entregárselos al lector en obras en las que vierte su propia imaginación. Ejercicio que realizan muchos autores, pero que en este caso resulta llamativo por su elasticidad, pues Montoya no se casa con un período de la historia ni con una sola geografía, sino que ha logrado saciar la inquietud que le causan personajes, sitios y acontecimientos sobre los que pocos colombianos se han atrevido a escribir.

La sed del ojo (2004), por ejemplo, transcurre en París durante el Segundo Imperio. Surgió después de una visita de Montoya a la Biblioteca Nacional de Francia, en donde encontró un libro en el que se publicaba, entre otras cosas, 24 fotografías obscenas del siglo XIX que habían sido tomadas por Auguste Belloc. La imaginación de Montoya –como él mismo cuenta en alguna entrevista– se encendió cuando supo que en 1860 la residencia de aquel fotógrafo había sido allanada por la policía que decomisó alrededor de cuatro mil fotografías indecentes y obscenas de las cuales sólo quedaban las 24 que observó en el libro de la biblioteca (Ulbrico 2019, 2019); ¿Cómo habían sobrevivido esas 24 fotografías? fue la pregunta que Montoya trató de responder con su imaginación en el libro de su autoría. De otra parte, en *Lejos de Roma* (2008), el autor encarna al poeta romano del primer siglo de nuestra era, Ovidio, para hablar del exilio. Si bien sobre la vida del poeta se sabe poco, Montoya acudió a su obra poética y a los escasos recursos históricos que tenía para prestarle la voz y hablar de la experiencia del destierro. Finalmente, como parte del periplo por el viejo mundo se halla *Tríptico de la infamia* (2014), libro que lo hizo merecedor del premio Rómulo Gallegos en 2015, y que recrea la vida de tres pintores europeos del siglo XVI quienes dejaron registros del encuentro fascinante y aterrador –de infamia– con el nuevo mundo: Jacques Le Moyne, François Debois y Théodore de Bry.

Más acá, el interés de Pablo Montoya por la historia de Colombia se hizo evidente cuando publicó *Adiós a los próceres* (2010). Se conmemoraba en el país el bicentenario de la independencia de la corona española, pero el propósito del autor, a diferencia de los pronunciamientos oficiales, era ir a contracorriente de los homenajes cuestionando a esos personajes sobre los que se fundaba la memoria nacional. El libro había nacido del proceso de escritura de *Los derrotados* (2012) en el cual Francisco José de Caldas es uno de los protagonistas. Para entonces, Montoya se preguntaba por el círculo de amigos del sabio Caldas pensando en escribir un capítulo acerca de ellos, pero su indagación histórica lo llevó a concluir que había un acuerdo generalizado frente a la heroicidad de los criollos de la independencia, desconociendo o silenciando aspectos de sus vidas y de su contexto, muy cuestionables a la luz de nuestros tiempos y dejando de lado una actitud más crítica frente a esos personajes. De allí la decisión de tomar la vida de 22 próceres y la del pacificador español Pablo Morillo e introducir el humor, la ironía, lo carnavalesco y otros elementos literarios para desmontarlos del pedestal en el que los había mantenido la historia oficial.

Después, con la publicación de *Los derrotados*, además de relatar los últimos días de la vida de Francisco José de Caldas, Pablo Montoya se adentró en el universo de tres jóvenes universitarios que estaban ingresando a la guerrilla del Ejército Popular de Liberación (EPL) en los años setenta u ochenta del siglo XX. En este caso el interés estaría puesto en violencias más recientes, para lo cual el autor bebió de su propia historia personal y del contexto en el que creció. El paralelo entre Caldas y los tres universitarios guerrilleros del EPL es explicado por la conexión que para el autor existe entre el mundo intelectual y las causas armadas, pues según Montoya las dos épocas hablan de proyectos intelectuales que fracasaron debido a su asociación con iniciativas militares. Así, Montoya encuentra que cuando los hombres del conocimiento y del arte se han involucrado en causas armadas revolucionarias, sobre todo en el último siglo, todo su proyecto intelectual se ha venido abajo:

Los Derrotados está fundado en la vida del sabio Francisco José de Caldas. Es una novela que tiene ingredientes históricos (yo no soy historiador, nunca me he considerado historiador, pero sí me he alimentado de la historia

para escribir mis libros, mis novelas y algunos de mis relatos y de mis ensayos). Entonces con *Los Derrotados* en la medida en que yo iba investigando y leyendo sobre el sabio Caldas me di cuenta que había una conexión muy clara entre los proyectos naturalistas de Caldas –a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX– con los proyectos revolucionarios en los que yo había participado. Que esa conexión tenía que ver con la relación de la inteligencia, la curiosidad intelectual, los proyectos cognitivos y las causas armadas revolucionarias –llámense en Caldas la Independencia y llámense en el período mío estas guerrillas de carácter comunista–. Y me parecía que había una clara comunicación entre ambas épocas en el sentido en que yo iba constatando continuamente que los proyectos intelectuales colombianos cuando están asociados a los proyectos armados casi todos, por no decir todos, fracasan. Y me parecía claro que eso había sucedido en Caldas y me parecía claro que también sucedía en todos los proyectos revolucionarios del siglo XX. Cuando los artistas, los intelectuales, los filósofos, los hombres de conocimiento entran en el asunto de las revoluciones armadas sus proyectos fracasan porque el militarismo arrasa con todo eso. De hecho, somos un país –se los recuerdo– en que se gasta muchísimo más dinero en armas que en la práctica científica. Por eso somos un país subdesarrollado. («Jornadas pedagógicas, estudiantes y profesores de la Universidad Industrial de Santander», 2021)

Por otra parte, *La sombra de Orión* (2021) es la última novela que recoge un acontecimiento histórico para interpretarlo a través de la creación literaria. En este caso, se trata de la toma de la Comuna Trece de Medellín por parte de la fuerza pública y de los paramilitares, ocurrida en octubre de 2002, y considerada el acto inaugural de la política de Seguridad Democrática del entonces recién nombrado presidente Álvaro Uribe Vélez. Para esta obra, la investigación de Montoya fue documental y vivencial, pues además de los informes y de la bibliografía que leyó sobre la toma de la Comuna, habló con muchas personas de la comunidad y recorrió el territorio conociendo de primera mano lo que había sucedido allí.

La obra de Pablo Montoya es más amplia que lo relacionado hasta ahora. Incluye ensayos, cuentos, poesía, novelas, antologías y reflexiones académicas. Sin lugar a duda, su inquietud por la historia también se ve reflejada en otros textos y por eso la anterior es apenas una muestra que nos permite ubicarnos en los intereses del autor relacionados con la charla que tuvo lugar a propósito de los monumentos y de las memorias. Basta ver, por ejemplo, los artículos académicos en los que Montoya ha tratado asuntos históricos que luego de pasar por un proceso creativo aparecieron en su obra literaria (Montoya Campuzano, 2000, 2014). Para el autor, la diferencia entre historia y literatura es clara, y uno esperaría que para el lector también lo fuera, así algunos historiadores se hayan atrevido a reclamar veracidad en los datos históricos incorporados por Montoya en su obra literaria⁴. Por eso Montoya insiste en que “así los libros míos estén fundados en algunos elementos históricos no pretenden ser libros de historia. Lo que sí pretenden es cuestionar algunas situaciones del pasado y poner en entredicho algunas cosas que han permanecido a lo largo del tiempo” («Jornadas pedagógicas, estudiantes y profesores de la Universidad Industrial de Santander», 2021).

Monumentos a la violencia: la masculinización de la memoria

Pablo Montoya señala que en Colombia la pandemia fue una coyuntura de carácter internacional que amenazó e hizo evidente la fragilidad de la existencia humana, pero que, ante todo, puso de manifiesto los problemas y las grietas del proyecto nacional colombiano. De acuerdo con las reflexiones de Montoya, los discursos hegemónicos nacionales a los cuales todavía se les hace mantenimiento son impulsados por élites que vienen de la colonia y de la conquista, y, por tanto, anclan las raíces de su poder en la celebración de lo hispánico. Son discursos de vencedores que renuevan de forma continua ideas, conceptos y formas de comportamiento con los cuales se fortalece lo que Montoya indica son pilares militares, políticos, religiosos y económicos que habría que desmontar si se quiere una sociedad más justa e incluyente. Para el autor, la desigualdad social es, por ejemplo, “el pilar económico del proyecto nacional colombiano”, posible de verificar a través de la historia de la colonia, de la república y de la actual democracia, y, por supuesto, a través del descontento popular que dio origen al estallido social de 2021, motivado en gran medida por una decisión tributaria que amenazaba con abrir más la brecha de tal desigualdad. De otro lado, el militarismo es otro de los pilares del proyecto nacional, considerado por el autor como “el más fuerte y el que más nos

⁴ Me refiero a una desacertada columna que le reclamaba datos históricos veraces a una obra que es enteramente literaria (Gutiérrez Ardila, 2019).

ha inmiscuido en el proceso interminable de la violencia”. De allí que indique la necesidad de civilizar y cuestionar (quizás desmontar) los estamentos legales militares.

Cuando Pablo Montoya se embarcó en *Adiós a los próceres* pudo constatar que la memoria oficial y no oficial de Colombia, tal y como sucede en muchos países latinoamericanos y en otros del resto del mundo, ha glorificado, sobre todo, a los hombres en armas. Son militares quienes gozan de un espacio privilegiado en los textos de historia, y en las plazas públicas; y, así mismo, son batallas y episodios de guerra las que invaden los monumentos, los museos y la nomenclatura en las calles de las ciudades principales. Su decisión, entonces, como hombre pacifista que no estaba de acuerdo en que la nación se re-creara exaltando la guerra, fue subvertir esa memoria en el momento más álgido de su recordación reciente, esto es, cuando se cumplían doscientos años de la independencia de Colombia de la metrópoli española. Al referirse al proceso de investigación de los personajes que conforman el libro, señala:

Empecé a indagar en estos personajes que lo rodearon a él [a Francisco José de Caldas], en estos próceres, y empecé a mirar un montón de biografías que están presentes en la web, libros de historia, de valoraciones que se han hecho sobre el proceso de independencia –valoraciones contemporáneas– y me di cuenta que había como una admiración, un elogio permanente en estas miradas que se hacían y que se hicieron de este período como si por parte del historiador o por parte de escritor hubiese una necesidad de homenajear los pilares de la nación. Y a mí eso me parecía evidente en los textos que leía, pero cuando leía las historias de estos señores me parecía que estaban llenas de asuntos complicadísimos. Primero que todo el pensamiento de ellos, el pensamiento de la época de ellos: casi todos eran racistas, segregacionistas, medio misóginos, todos venían de las clases criollas, de las elites criollas. Había un engrandecimiento continuo. Muchas de esas miradas que se hacían sobre ellos –valga la pena decirlo– estaban escritas por personas completamente relacionadas con el poder político, el poder militar y el poder religioso. Y yo decía: ah bueno, acá hay una especie de montaje, acá hay un montaje completamente premeditado. Entonces lo que traté fue separarme de esa perspectiva valorativa y más bien introducir en esa mirada de esos 23 próceres (o de esos 22 porque el último es Pablo Murillo que no fue ningún prócer) introducir el humor, la ironía y el toque carnavalesco, introducir asuntos literarios que tiene que ver con el anacronismo, con el palimpsesto; tratar de enriquecer toda esta mirada que yo hacía con los elementos literarios basado en esta información histórica que yo recogí y desmontar a esos señores. O sea que yo por mi parte ya desmonté todas las estatuas («Jornadas pedagógicas, estudiantes y profesores de la Universidad Industrial de Santander», 2021).

Para concretar el proceso de escritura se inspiró en el libro *Vidas imaginarias* (1896) de Marcel Schwob, el cual, como explica Montoya, recoge la vida de 23 personajes –reales y ficticios–, quienes a través de un oficio o calificativo que los sintetiza sirven para iluminar el pasado con la imaginación literaria. Las cualidades que Montoya escogió para los próceres seleccionados en su libro son inesperadas. Acostumbrados como estamos a la prosopopeya que los envuelve, encontrar a Simón Bolívar “bailarín”, a Francisco de Paula Santander “leguleyo”, a José María Carbonell “lenguaraz”, a Camilo Torres “rábula” o a Francisco Antonio Zea “deudor” da pistas al lector de estar entrando a un terreno prosaico de quienes sólo han sido pintados por la historia con muchos adornos. Según el propio autor, las mejores libradas son las tres mujeres que recoge –Policarpa Salvarrieta “espía”, Antonia Santos “guerrillera” y Manuela Sáenz “amante”– de quienes conserva los roles de mujeres aguerridas y *rompe moldes* de la época.

En la obra de Montoya, los próceres revelan su humanidad compleja en donde la ambición, las contradicciones en sus causas, el erotismo, el malhumor y hasta los defectos físicos aparecen como elementos centrales en lugar de las grandes gestas que acaparan la literatura tradicional. Sin miedo a removerles el pedestal, la de Montoya es una obra que desde el humor literario invita a preguntarse ¿por qué esos patriarcas siguen anclados en nuestra memoria?, ¿qué sentido tiene seguir rindiéndoles homenajes? y ¿qué tan ajustados están esos personajes a las necesidades actuales del país? Desacralizar la memoria de la patria y llevarla al mundo al revés literario es el aporte más significativo de este libro, escrito diez años antes de que muchos ciudadanos se volcaran a las calles a tumbar monumentos.

En otro plano intelectual, las motivaciones de Montoya son compartidas también por algunos investigadores, quienes en los últimos años se han preocupado por comprender y desentrañar de dónde proviene tanta veneración a las glorias militares decimonónicas. Parte de la respuesta la han encontrado

acercándose a instituciones que a lo largo del siglo XX administraron la memoria oficial del país, con lo cual han contribuido a abrir una veta de investigación interesante en la historia social de la memoria⁵. Vale la pena mencionar, por ejemplo, la tesis doctoral de Sandra Patricia Rodríguez Ávila, publicada en 2017, *Memoria y olvido: Usos públicos del pasado desde la Academia Colombiana de Historia 1930-1960*. Allí la autora se adentra en el quehacer de la institución entendiéndola como “una iniciativa gubernamental que se convirtió en organismo emisor de la memoria oficial, con distintos campos de actuación, que se constituyeron en la memoria oficial del país” (Rodríguez Ávila, 2017, p. 384). De este modo, explora las relaciones de la ACH con el Ministerio de Educación Nacional, con el Congreso de la República, con sectores militares y hasta con la Iglesia católica, y describe, apoyada en una amplia revisión de fuentes primarias, los mecanismos utilizados por estos actores para inyectar en las escuelas, en los espacios públicos, en las ceremonias religiosas y festejos patrios, una narrativa sobre el pasado compartido que buscando servir de base para la comunidad imaginada reivindicó intereses particulares. De manera que detrás de estas instituciones, pero en especial de la ACH, hay toda una red de actores que se articularon y que como herederos de la elite política y militar del siglo XIX promovieron, a través de la ACH, la justificación histórica de sus posiciones de poder.

Este tipo de historiografía sobre la memoria es relevante porque se detiene en personas y acciones que incidieron en el comportamiento de los demás y que tienen eco hasta nuestros días. Es decir, supera el plano de las representaciones –de entender cómo se concibe la historia o la memoria en un momento dado– para mostrar cómo se materializa desde la biopolítica y en el espacio público, analizando así sus alcances en el plano material. Desde los años sesenta, Germán Colmenares ya había advertido en *Las convenciones contra la cultura...* la importancia de analizar las condiciones en las cuales se produjo la historiografía decimonónica (Colmenares, 2008). Aun cuando no utiliza el concepto de memoria colectiva, Colmenares llamaba la atención frente a los usos del pasado por parte de aquellos autores que según él “buscaron construir una imagen del pasado reciente para fijar con ella los rasgos de una identidad colectiva” (Colmenares, 2008, p. 119). Por eso se preguntó por las condiciones contextuales de escritura de esa historiografía y dialogó, a su vez, con los contenidos y con las intenciones de sus autores por legitimar lugares sociales –hegemónicos o subalternos– después de los procesos independentistas.

Otras obras propuestas por la historiografía o por los estudios culturales han analizado instituciones y símbolos con los cuales se ha sustentado la idea de nación, previa a la Constitución Política de 1991, esto es, cuando no se había reivindicado la nación multicultural. Las de Carlos Rincón, por ejemplo, aportan imágenes, objetos, topografías, rituales, símbolos y textos que dan cuenta de la memoria cultural en el proceso de formación de la nación colombiana. Las formas simbólicas del Estado (bandera, escudo, himno, mapa-logo, Sagrado Corazón de Jesús); los museos y sus colecciones (Museo del Oro, Museo Nacional y Museo de Arte Colonial); y el canon literario analizado como reflejo del “capital cultural colombiano” al tiempo que como forma de organizar la memoria cultural del país son parte de los hitos abarcados en las obras (Rincón, 2014, 2015). Más difícil de enumerar resultan las investigaciones que han historiado instituciones dedicadas a la conservación del patrimonio cultural, o aquellas que han fijado la atención en algún tipo de disputa en torno a los edificios históricos y a los monumentos⁶. El interés de los investigadores por comprender cómo se han conformado las entidades de la memoria es creciente y está asociado al auge de las políticas patrimoniales internacionales adoptadas en el país y a una cultura de la memoria que cuenta, desde hace al menos cuarenta años, con un campo fecundo en Occidente.

Ahora bien, aun cuando estas investigaciones no hayan tenido en cuenta la perspectiva de género, lo que se lee en ellas da cuenta de cómo algunos hombres, desde posiciones privilegiadas, construyeron una memoria oficial masculina que definió los símbolos, hitos y temáticas históricas a lo largo del tiempo. Tanto para Colombia como para casi todos los lugares que acogieron las construcciones de Estado-nación en el siglo XIX, se trata de memorias hegemónicas y patriarcales que encontraron en la violencia y en las armas un *leitmotiv* dedicado a contar la historia de los vencedores. Para Pablo Montoya este militarismo evidente

⁵ De acuerdo con Peter Burke este tipo de historia “intenta responder a tres grandes preguntas: ¿cuáles son las formas de transmisión de los recuerdos públicos y cómo han cambiado en el tiempo?, ¿cuáles son los usos de esos recuerdos, del pasado, y cómo han cambiado? y, a la inversa ¿cuáles son los usos del olvido?” (Burke, 2006, p. 69).

⁶ Sólo como ejemplo se pueden referenciar estos artículos: (Barbosa, 2012; García Botero, 2009; Muñoz Rojas, 2010; Rodríguez Prada, 2008; Rodríguez, 1998)

en monumentos y en la memoria oficial es, como se mencionó antes, uno de los pilares en los que se ha fundado el proyecto nacional y sobre el cual es necesario bajar el volumen o si es posible desmontarlo. Considera necesario civilizar la nación, pues la inversión económica en estamentos militares o armados, muy por encima de la inversión en educación o en ciencia, ha conllevado a la actual condición de “subdesarrollo” del país, sumada a una sucesión interminable de violencias. Por eso, convencido de que las sociedades deben aspirar a una perfectibilidad conducente al pacifismo y no al armamentismo, a través de *Adiós a los próceres* y de *Los derrotados* el autor cuestiona personajes sacros para la memoria oficial y habla del desacierto de optar por caminos militares en la historia reciente.

Tanto Pablo Montoya como los autores referenciados hacen parte de una discusión vigente en torno al patrimonio cultural que se da sobre todo en espacios académicos, pero que, debido a las vías de hecho en manos de ciudadanos de muchos países tomándose los monumentos públicos, se amplía a más sectores de la sociedad. Para Enzo Traverso los recientes estallidos de iconoclastia son una expresión legítima que habla de la conexión entre derechos y memoria en donde lo que se demanda es, precisamente, nuevas reglas de tolerancia y de coexistencia. De allí que tengan un carácter antirracista o que estén liderados por minorías étnicas o por sectores marginados (Traverso, 2020). Por su parte, Ignacio González sintetiza esa discusión llamando la atención sobre varios de sus puntos neurálgicos, entre ellos: 1) la atención se traslada del objeto hacia el sujeto ayudando a que los objetos del patrimonio ya no se vean como esencia inmutable sino como construcciones sociales; 2) se percibe la necesidad de comprender el *valor rememorativo* del patrimonio cultural y sus usos ideológicos en el presente, yendo más allá de los tradicionales valores estéticos o históricos con los que se definía la importancia del objeto; 3) aparece cada vez más el cuestionamiento a las instituciones y sectores en el poder que monopolizan el patrimonio cultural; y 4) se asiste a la emergencia de memorias desde abajo, plurales y disgregadas en el espacio público en manos de ciudadanos que ponen en marcha otras activaciones patrimoniales (González-Varas Ibáñez, 2021). Para el caso colombiano, dicha discusión va creciendo en elementos de diagnóstico, aunque carece de propuestas concretas que permitan delinear un norte frente a la gestión del patrimonio cultural, pues casi siempre se encuentra con la rigidez del aparato burocrático y estatal, rezagado en la aplicación de políticas públicas patrimoniales que, aun cuando se ofrecen como participativas, siguen amarradas a lenguajes y procedimientos lejos del alcance de las mayorías.

Considero que para avanzar en alguna propuesta concreta sobre qué hacer con el patrimonio cultural, y en especial con el que recoge la memoria de quienes ocuparon el poder por vía militar, es necesario hacer preguntas de más amplia envergadura que hagan caso a las preocupaciones más apremiantes en cuanto a sostenibilidad ambiental y preservación de la vida en el planeta; y que pongan en primer renglón la necesidad de promover la tolerancia y el respeto por las diferencias desde una actitud activa hacia el pacifismo. Para ello es pertinente la invitación de Pablo Montoya a pensar en la perfectibilidad de los seres humanos y a considerar lo innecesario y perjudicial que resulta seguir homenajear personajes militares o armados, y a eventos bélicos –no importa la época de la cual provengan– en el espacio público, bien sea a través de esculturas, de monumentos o de nomenclaturas en las calles. Estoy de acuerdo con el autor en que no se trata de promover la desmonumentalización de forma espontánea en cada manifestación pública (aunque si ocurre, se deben abrir espacios de reflexión y no de estigmatización), sino más bien, en hacer procesos de desmonte o renombre cívicos, concertados entre autoridades y ciudadanía, en donde se haga consciencia de por qué se desmonta un símbolo y se reubica en museos u otros espacios diferentes a las plazas y calles centrales, que guarden esas memorias dándolas a conocer al público bajo recorridos a demanda.

Desmilitarizar el espacio público y las formas de relacionarnos como seres humanos es un ideal lejano y quizás utópico en nuestro contexto, sin embargo, empezar con los objetos destinados a la memoria colectiva podría ser el inicio de un nuevo paradigma sobre cómo pensarse en sociedad. En lugar de próceres y soldados en el centro de las plazas, que son símbolo de la conquista del poder por el uso de la violencia, podrían proponerse espacios abiertos y monumentos efímeros a los que pueda acceder y que puedan ser propuestos por la ciudadanía, siempre acordes con los derechos constitucionales que protegen la vida y con la necesidad de promover símbolos que la honren en toda su diversidad. No se trata de olvidar el pasado que hizo posible llegar hasta donde estamos, sino más bien de comprender que la memoria colectiva es una negociación

que debe hacerse pensando en un fin benéfico para todos los miembros de una comunidad y que, en esa medida, los símbolos que se instauren deben exaltar el respeto a la vida, lo cual excluye de entrada cualquier expresión militar.

Feminizar la memoria

Desde los años setenta, organizaciones de derechos humanos y familiares de víctimas de la violencia en manos del Estado y de los grupos subversivos han luchado porque tanto en el espacio público como en la ley sean reconocidas sus memorias (Sánchez Gómez, 2020). Gracias a la toma de los espacios públicos, a los constantes pronunciamientos a través de denuncias o de actos performativos y a la gestión nacional e internacional ante organismos de Derechos Humanos, la memoria como derecho de las víctimas viene siendo garantizada en Colombia desde 2005 con la promulgación de la Ley 975 de 2005 –Ley de Justicia y Paz– reforzada luego con la Ley 1448 de 2011 –Ley de Víctimas.

Tal y como sucede en otras partes del mundo, las voces que se han alzado reclamando la memoria de sus familiares muertos y desaparecidos han contado con la notable participación de miles de mujeres, quienes, con la pérdida de hijos, padres, esposos, hermanos u otros familiares, salieron del espacio privado de sus casas hacia la plaza pública a protestar y a hacer visibles sus historias dentro del conflicto armado. A lo largo de los últimos años se ha investigado y documentado el rol de la mujer en la memoria. Son muchas las tesis y los artículos de investigación que dan cuenta de la construcción de costureros, museos y lugares de la memoria gestionados por mujeres que se han convertido en referentes de sororidad para superar el dolor entre ellas mismas, o en espacios de reflexión y denuncia que pueden ser visitados por externos⁷. Así mismo, algunos movimientos de mujeres, como por ejemplo la Ruta Pacífica de las Mujeres, lidera la coordinación de organizaciones regionales en Colombia para la toma de espacios públicos y para la gestión y participación en escenarios democráticos de construcción de paz, en donde la memoria es, por supuesto, un punto central de la agenda (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2021).

La importancia de la mujer para la recuperación de la memoria de las víctimas del conflicto armado, pero, sobre todo, para desatar procesos de sanación y de pacificación social es un asunto central tratado por Pablo Montoya en *La sombra de Orión* (2021). En esta novela que desde la ficción recorre las consecuencias reales de la toma de la Comuna Trece de Medellín en 2002 por parte de militares y paramilitares en el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, la presencia femenina tiene como función trascender la violencia, buscar espacios de reflexión y de recogimiento para quienes la han vivido, y propiciar la conexión con la tierra en un acto de reconciliación con la vida. Montoya destaca el papel de resistencia y dignidad civil de las mujeres de la Comuna, y por eso ellas son quienes se enfrentan a los violentos con la palabra, bien sea en una confrontación abierta en donde exigen que cese la violencia, o a través de la lectura y la escritura en una biblioteca comunitaria que es el mejor escenario de resistencia civilizatoria en medio de las balas. Así mismo, puede leerse cómo las mujeres tejen redes para sacar su barrio adelante y para ayudar a quienes quedan desamparadas tras la desaparición forzosa de sus seres queridos; escenas literarias que, contrario a lo que sucedía con *Adiós a los próceres*, beben de la realidad para retratarla.

El rol de las mujeres de *La sombra de Orión* en la gestión de las memorias de la violencia y del terror contrasta con el rol desempeñado por los personajes masculinos. Por lo menos tres de los hombres centrales de la novela están a cargo de hacer catálogos para, de alguna manera, hacer inteligible la violencia desatada en la Comuna Trece. Uno de ellos trata de plasmar en un mapa –tan grande como la Comuna– todos los asesinatos cometidos; otro está armando una sonoteca en la principal fosa común de la Comuna –La Escombrera– tratando de capturar los sonidos de los desaparecidos; por último, el propio protagonista investiga y escribe la historia de algunas víctimas que se incluyen como un capítulo aparte dentro de la novela. Pero estas tres son tareas que desbordan la realidad caótica que ha sembrado la violencia, por eso Pablo Montoya se refiere a ellas como tareas sinsentido, pues aun cuando tratan de ordenar esa realidad

⁷ Algunos ejemplos de este tipo de estudios para el caso antioqueño son: González Arango (2013), Pérez Herrera y Pérez Herrera (2019), Sossa Londoño y Vergara Arias (2019), Tamayo Arango (2017), Valoyes Cabrera (2020).

supera a los personajes hasta terminar enfermado de violencia a uno de ellos, tal y como estaría enferma de violencia la sociedad colombiana en la actualidad:

Yo sí creo que estamos enfermos de violencia. Esa idea de que un personaje mío se enferme de violencia no es que se me haya ocurrido a mí, ¡no! Es que yo lo constato en todas partes. Este es un pueblo, un país y una nación enferma de violencia («Jornadas pedagógicas, estudiantes y profesores de la Universidad Industrial de Santander», 2021).

La materialización de la memoria en forma de catálogos también ha sido parte del trabajo de los historiadores, quienes en el mismo esfuerzo por ordenar la realidad pasada clasifican, documentan y archivan cualquier registro que esté a su alcance. Para Krzysztof Pomian en los orígenes de la profesión pueden rastrearse dos procesos de objetivación de la memoria, que son, precisamente, los que atañen al oficio en la actualidad: por un lado, la posibilidad de producir escritos que relataban lo que no necesariamente se había vivido separado por distancias físicas o por varias generaciones, lo cual disoció el pasado de la experiencia, pues hizo que este dejara de reducirse al aprendizaje ritual de gestos y de palabras; por el otro, la emergencia de las listas reales, las cronologías y los anales como expresión más avanzada de dicha disociación, ya que tenía efectos sobre la realidad (Pomian, 2007). La conformación de archivos, que obedece a esta segunda tarea, se lleva a cabo con criterios e intenciones subjetivas que responden a actores y circunstancias del presente. Por eso es posible historiar su conformación y constatar que, si bien fueron los miembros de la iglesia y quienes detentaban el poder los primeros interesados en documentar y archivar su quehacer, desde el siglo XX ha habido una apertura y democratización que permite contar con registros antes impensables –entre ellos los de las víctimas de las guerras–, administrados no sólo por historiadores, archiveros y anticuarios, sino también por cualquier persona interesada en guardar la memoria.

Pero si bien los artistas, historiadores y demás han procurado ordenar y hacer visible la violencia a través de sus catálogos, Montoya resalta un dilema frente al hecho de dejar la memoria detenida en repositorios: ¿para qué sirven los catálogos del horror?; ¿qué fin tiene esta sistematización obsesiva de la violencia?; ¿qué tanto se puede ordenar el caos que deja la violencia? En la respuesta, recuerda cómo el pueblo alemán ha construido memoriales en donde aparecen catálogos interminables de las víctimas del nacionalsocialismo durante la Segunda Guerra Mundial. Ubicados en el corazón de Berlín o de las ciudades en donde ocurrió el genocidio, los memoriales son un llamado a la conciencia de quienes tuvieron antepasados victimarios, y a su vez son un homenaje a las víctimas. Así mismo, recuerda cómo en el siglo XVI Bartolomé de las Casas escribió lo que podría considerarse un catálogo del genocidio indígena, *La brevísima relación de la destrucción de las Indias*, que sirvió para que la corona española dulcificara la conquista poniendo condiciones a quienes la llevaban a cabo –muy tarde, por cierto–. Para Montoya, esas experiencias de ordenación ayudan a tomar conciencia, y son un poderoso llamado de atención frente a lo sucedido, pero son tareas que cobran sentido en la medida en que contribuyen a desmontar la violencia que denuncian. No se trata entonces de catalogar por catalogar, sino más bien de buscar que esa tarea tenga un efecto en la realidad. Ello recuerda la propuesta que años atrás hiciera Tzvetan Todorov en *Los abusos de la memoria*, en donde cuestionó la forma cómo se usaba la memoria y propuso un uso del pasado basado en la ejemplaridad, esto es, una forma de traer la memoria al presente yendo –más allá de los procesos de sanación y duelo de quienes al verse afectados por algún suceso requieren recordar– hacia la búsqueda de que los casos recordados sirvieran para generar alertas y evitar repetir procesos injustos y abusivos generadores del mal (Todorov, 2000).

Los catálogos realizados por los personajes de Montoya no transforman su entorno ni convierten la Comuna Trece en un lugar más feliz. Todo lo contrario, los obsesiona y los enferma hasta el paroxismo, y al menos uno de ellos termina tan mal, que después de hundirse en las historias de las víctimas requiere una cura. Esa sanación es posible gracias a la conexión que el personaje establece con lo femenino. Para ello es conducido por una mujer, quien, además de mostrarle la labor de resistencia civil de las mujeres en la Comuna, le proporciona amor y cuidados con sus plantas medicinales, y le muestra la forma de conectarse con la tierra y con la vida a través de rituales indígenas. En la novela de Montoya, las mujeres y en general todo lo que está conectado con lo femenino significa pacificar. Surge a través de la palabra hablada, de los gestos, de la literatura, de las plantas, de la empatía por quien sufre, y es curado con el amor. Son

mujeres transformadoras de la memoria, quienes lejos de congelarla en catálogos que solo acumulan muerte –Jefferson Jaramillo Marín lo denomina el *archivo público del dolor* (Jaramillo Marín, 2016)– buscan trascenderla y convertirla en una herramienta para la vida.

Cuando estaba escribiendo *La Sombra de Orión* me di cuenta del papel fundamental de resistencia y de dignidad civil que ocupan las mujeres en estos procesos de violencia que ha habido en Colombia. Por eso los recupero y los muestro como los grandes momentos, como los ejemplos más grandes de esa dignidad en la novela. Y también los muestro como las posibilidades de sanación. («Jornadas pedagógicas, estudiantes y profesores de la Universidad Industrial de Santander», 2021)

A la luz de esta novela, feminizar la memoria parece una tarea urgente. Hay que prestar más atención a los procesos de transformación social positivos provocados por las mujeres cuando están en medio de contextos violentos o cuando les ha tocado vivir pérdidas irreparables. La reafirmación de la vida a través de la activación de espacios del cuidado por el otro, por todos los seres, es una solución de mayor alcance a la sistematización y catalogación de la muerte. Se trata de otro tipo de activaciones de la memoria que, recordando con la palabra y no sólo con el monumento, propone otros rumbos para quienes quedan vivos. La memoria feminizada es quizás el camino más sensato para superar el dolor alejándose de cualquier posibilidad de venganza. Es una memoria viva porque invita a la vida. Su vitalidad no está sujeta a la apropiación de datos y estadísticas que de tanto repetirse se vacían de contenido, sino más bien en la voluntad de quienes no quieren volver a vivir situaciones violentas. Se trata de memorias activadas por víctimas que no quieren ser víctimas, es decir, que reconociendo las tremendas injusticias por las que han pasado, le proponen a la sociedad espacios de transformación social para superar su propio dolor.

Conclusiones

La movilización social de 2021 durante el paro nacional, iniciado el 28 de abril y que se mantuvo por casi tres meses, fue la oportunidad para conversar sobre iconoclastia y sobre la necesidad de pensar el lugar de los monumentos y de la memoria en Colombia. Lamentablemente, mientras discutíamos sobre el lugar de las víctimas en la memoria, seguían apareciendo nuevas víctimas debido a los excesos de la fuerza pública en esa movilización social. Durante el diálogo que tuvimos nos era imposible saber cuántos muertos, mutilados, desaparecidos y abusos sexuales se había cometido. De manera que la violencia nos seguía desbordando por toda la geografía colombiana sin siquiera saber con exactitud sus dimensiones.

Las obras de Pablo Montoya, *Adiós a los próceres* y *La sombra de Orión*, nos sirvieron para hablar con el autor de monumentos, memoria y violencia. Para él hay varios pilares en los que se ha fundado el proyecto nacional que deben ser desmontados si queremos tener un futuro como colectivo social, entre esos pilares, el militarismo y la violencia. Desmontar el culto a lo militar o al menos bajarle el volumen, como él mismo indica, es uno de los propósitos de *Adiós a los próceres*. Es un libro, que desde mucho antes de que los ciudadanos se volcaran a las calles a tumbar monumentos estaba invitando a quitarle el protagonismo en la memoria colectiva a quienes han sido reconocidos como los fundadores del proyecto nacional, producto de su participación militar en la independencia del país en el siglo XIX. En una discusión sobre las necesidades actuales del país, en donde vendría mejor una actitud pacifista, Montoya pone en cuestión la memoria colectiva –oficialista por lo demás– que instaló en el centro del espacio público y en los rituales cívicos la exaltación de esos “héroes”. Habla de la necesidad de mantenerlos en otros espacios disponibles para quienes quieran conocer esa historia, pero, sobre todo, de la necesidad de negociar el espacio público y la memoria colectiva en función de valores que conduzcan a la perfectibilidad humana pacífica.

En *La sombra de Orión*, Montoya se refiere a ese otro pilar que es la violencia; propone, en concreto, curarse de la violencia, pasar por un proceso de sanación que la arranque del interior de la sociedad. Pero esta enfermedad que se ha tomado la Comuna Trece (y a todo el país) no se sana sólo a través de catálogos interminables que sistematicen muertos, masacres, desaparecidos y otros hechos victimizantes, pues si bien es necesario acercarse al horror y conocerlo, se debe caminar hacia una actitud que ayude a reconciliarse con la vida. Para ello, el autor identifica en las mujeres y en general en lo femenino las posibilidades de

conectarse con el cuidado por el otro, con la tierra y sus plantas medicinales y con el poder de la palabra hablada y de la literatura. En el libro, las mujeres representan otras formas de la memoria que no se quedan en la enunciación del dolor, sino que van más allá hasta convertirse en fuerza y resiliencia que invitan a la transformación social.

Elizabeth Jelin ha hablado de las luchas de las memorias, que entiende como “procesos subjetivos e intersubjetivos, anclados en experiencias, en “marcas” materiales y simbólicas y en marcos institucionales”, lo cual implica “el análisis de la dialéctica entre individuo/subjetividad y sociedad/pertenencia a colectivos culturales e institucionales (Jelin, 2012, p. 25). Como señala la autora, son memorias plurales inmersas en luchas en donde lo que está en juego es “mi verdad” y que por tanto constituyen sentidos del pasado cambiantes, de acuerdo con los promotores de esas memorias y con su capacidad de monopolización y apropiación en un momento dado. En el marco de nuestras actuales luchas por la memoria, creo que es necesario, cada vez más, abrir espacios de discusión sobre nuestra memoria colectiva, sobre nuestros símbolos y qué o a quiénes están representando. Pero creo que se debería discutir, con más insistencia, para qué están sirviendo esas memorias, qué objetivos cumplen, cómo nos hacen una mejor sociedad. Porque la memoria se construye sobre las necesidades del presente, y hoy en día requerimos una sociedad pacífica, justa y democrática. La conversación con Pablo Montoya buscó poner un granito de arena en este propósito.

Bibliografía

- Barbosa, J. (2012). El papel de la Academia Colombiana de Historia en la conservación del Patrimonio Cultural Inmueble. *Ensayos: Historia y Teoría del Arte*, 23, 134-154.
- Burke, P. (2006). *Formas de historia cultural*. Alianza Editorial.
- Colmenares, G. (2008). *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Quinta edición). La Carreta Editores E. U.
- CRIC, C. R., C. R. I. del C. (2020, septiembre 17). Comunicado a la comunidad nacional e internacional. *Sitio web: cric-colombia.org*, en línea.
- García Botero, H. (2009). ¿Qué hay en un nombre? La Academia Colombiana de Historia y el estudio de los objetos arqueológicos. *Memoria y Sociedad*, 13(27), 41-60.
- González Arango, I. C. (2013). Un derecho elaborado puntada a puntada. La experiencia del costurero Tejedoras por la memoria de Sonsón. *Revista Trabajo Social*, 18-19, 77-100.
- González-Varas Ibañez, I. (2021). *La cultura de la memoria y la expansión del patrimonio cultural. Algunas encrucijadas actuales*. Maestría en Patrimonio Cultural UPTC. <http://repositorio.uptc.edu.co/handle/001/3822>
- Gutiérrez Ardila, D. (2019, abril 30). Los próceres de Pablo Montoya. El escritor confunde la historia patria con la historia seria. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/la-columna-bicentenario/los-proceres-de-pablo-montoya-la-columna-bicentenario-355596>
- Jaramillo Marín, J. (2016). La importancia de las memorias en Colombia Breve balance de una década de apuestas y retos para el porvenir. *Revista Javeriana*, 1, 22-27.
- Jelin, E. (2012). *Los trabajos de la memoria* (2.ª ed.). IEP Instituto de Estudios Peruanos.

- Jornadas pedagógicas, estudiantes y profesores de la Universidad Industrial de Santander. (2021, mayo 15). En *Los lugares de nuestras memorias y de nuestros monumentos. Un diálogo con Pablo Montoya Campuzano*. <https://www.youtube.com/watch?v=SVeOL7Yp4wI&t=5309s>
- Montoya Campuzano, P. (2000). La representación de la violencia en la reciente literatura colombiana (década de 1990). *América. Cahiers du CRICCAL*, 24(1), 49-55. <https://doi.org/10.3406/ameri.2000.1449>
- Montoya Campuzano, P. (2014). La representación pictórica de los indios timucuas en Jacques Le Moyne y Théodore de Bry. *Boletín de Antropología*, 29(47), Article 47.
- Montoya Campuzano, P. (2016). *Adiós a los próceres* (Primera edición en Penguin Random House). Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
- Montoya Campuzano, P. (2021). *La sombra de Orión* (primera edición). Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
- Muñoz Rojas, C. (2010). Redefiniendo la memoria nacional: Debates en torno a la conservación arquitectónica en Bogotá, 1930-1946. *Historia Crítica*, 40, 20-43.
- Pérez Herrera, S., & Pérez Herrera, D. (2019). Construcción del proceso de memoria histórica por las mujeres: Análisis de contexto en el municipio de Puerto Nare 1990-2005. *Revista Indisciplinas*, 5(9), Article 9.
- Pomian, K. (2007). De la historia, parte de la memoria, a la memoria, objeto de historia. En *Sobre la historia* (pp. 171-219). Cátedra.
- Rincón, C. (2014). Íconos y mitos culturales en la invención de la nación en Colombia (Primera edición). Pontificia Universidad Javeriana.
- Rincón, C. (2015). *Avatares de la memoria cultural en Colombia. Formas simbólicas del Estado, museos y canon literario* (Primera edición). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Rodríguez Ávila, S. P. (2017). *Memoria y olvido: Usos públicos del pasado desde la Academia Colombiana de Historia. 1930-1960*. Editorial Universidad del Rosario, Centro editorial Facultad de ciencias humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez Prada, M. P. (2008, enero). Origen de la institución museal en Colombia: Entidad científica para el desarrollo y el progreso. *Cuadernos de curaduría*.
- Rodríguez, V. M. (1998). La fundación del museo nacional de Colombia. Ambivalencias en la narración de la nación colombiana moderna. *Nómadas*, 8, 76-87.
- Ruta Pacífica de las Mujeres. (2021). *Página web Ruta Pacífica de las Mujeres*. <https://rutapacifica.org.co/wp/>
- Sánchez Gómez, G. (2020). *Memorias, subjetividades y política. Ensayos sobre un país que se niega a dejar la guerra*. Crítica.
- Sossa Londoño, A. M., & Vergara Arias, M. M. (2019). Iniciativas de memoria y procesos de asociatividad: Las mujeres del municipio de Sonsón, Antioquia, Colombia, y su incidencia en la reconstrucción de la memoria en el marco del conflicto armado colombiano durante el periodo 2002-2015. En M. G. Guyer, P. H. Martins, & C. B. Kohn (Eds.), *Imaginario sociales y memorias* (pp. 71-88). CLACSO. <https://doi.org/10.2307/j.ctvtwx396.8>

- Tamayo Arango A. S. (2017). *El dolor habla. Memoria histórica de las mujeres víctimas del conflicto armado del municipio de San Francisco–Antioquia*. Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó -Funlam-. <http://hdl.handle.net/2324/4356795>
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Ediciones Paidós Ibérica.
- Traverso, E. (2020, junio 29). *Derribar estatuas no borra la historia, nos hace verla con más claridad | Nueva Sociedad*. Nueva Sociedad | Democracia y política en América Latina. <https://nuso.org/articulo/estatuas-historia-memoria/>
- Ulibro 2019 (Director). (2019). Encuentro con autor. Ulibro 2019. Universidad Autónoma de Bucaramanga [Video en canal de Youtube UnabTV]. En *La sed del ojo*. <https://www.youtube.com/watch?v=lsKKJDQqVz8>
- Valoyes Cabrera, Y. (2020). *Resistencia cultural y política de las mujeres negras en la construcción de memoria colectiva en escenarios de violencia: Un estudio de caso, Municipio de Murindó Antioquia (Colombia)* [Trabajo de grado Maestría de Investigación en Estudios Latinoamericanos, Universidad Andina Simón Bolívar. Sede Ecuador]. <http://repositorio.uasb.edu.ec/handle/10644/7305>